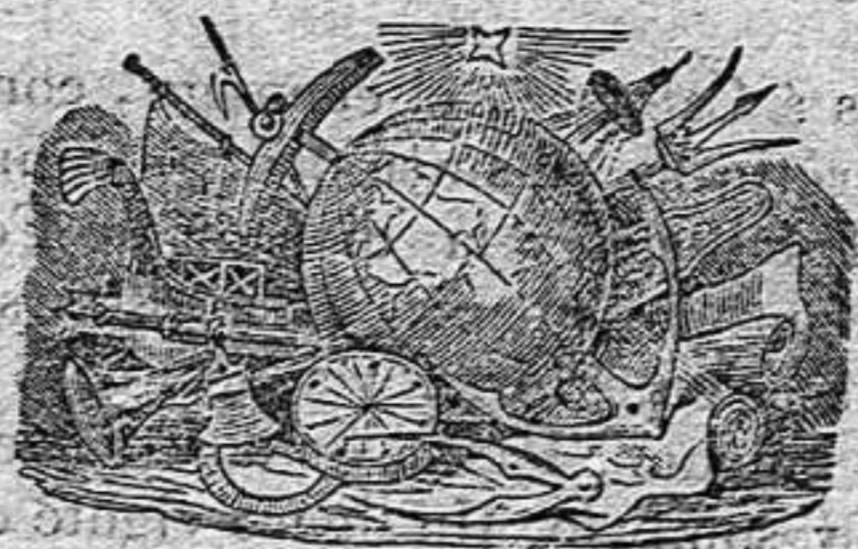


ANMACEN DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

DOMINGO 5 DE FEBRERO DE 1845.

HISTORIA.

Campañas de D. Carlos.

Memorias inéditas del príncipe Liechnowsky, comisionado de las potencias del norte en el cuartel general carlista.

Luego que se calmaron los primeros transportes de alegría, se empezó á deliberar sobre los medios de pasar el rio. Los puentes no existian y las baterías de la fortaleza de Mora y Tortosa podian destrozarnos á la primera tentativa. Por otra parte, una columna enemiga (cazadores de Oporto) mandada por Borso di Carminati recorría el territorio limítrofe á Valencia, y podia impedir á Cabrera su llegada para protegernos. Esta incertidumbre nos tenia sumergidos en la mayor ansiedad.

Desde la mañana siguiente el ejército emprendió su marcha por la cadena de montañas que dominan la orilla izquierda del Ebro, frente á Tortosa. Percibíamos á lo lejos y á nuestro frente el ruido de las descargas. Varios oficiales que subieron á una altura, vieron las nubes de humo que envolvian el camino de Jesta á Tortosa: ocasionábanle las tropas de Cabrera empeñadas con las de Borso. Formaban nuestra vanguardia los guias de Navarra. El in-

fante les mandó ir á socorrer á Cabrera. ¿Pero cómo habían de pasar el río? Descubrimos por último cinco ó seis barquillas en las que apenas podrian pasar veinte hombres á la vez. Villareal y el conde de Madeyra se metieron en la primera, los soldados ocuparon las demas, y desambarcamos á la orilla opuesta bajo el fuego enemigo el 29 de junio de 1837. Habíamos dejado los caballos.

Cuando nos reuníamos á Cabrera, el enemigo, con la fuerza de 3500 infantes y 250 caballos se retiraba en buen orden. Cabrera solo tenia al empezar el combate cuatro batallones y la division de Forcadell: á la cabeza de algunos ginetes se habia lanzado á perseguir á los cristinos. Montaba una jaca baya recortada, pero de escelentes proporciones. Bajo su negra cabellera su tez reflejaba el verdadero tipo moruno. Partia de sus ojos en continuo movimiento, un rayo de luz siniestro y sombrío. Un ligero vigote cubria su labio superior, y la delicadeza de sus facciones, la hermosura de sus dientes y sus miembros flexibles y delgados, imprimian en todo su individuo un aspecto tan juvenil, que contrastaba con el absolutismo é imperio de su voz de mando y la ciega obediencia con que eran egecutadas las órdenes del gran capitán. Examinándole de cerca, era muy difícil descubrir en él al atrevido partidario; y se necesitaba hacer un estudio muy profundo para discernir entre aquel extraño conjunto de cualidades opuestas, las que le habían elevado, entre todos los guerrilleros de la península, de simple capitán de una miserable partida al grado eminente de general tan famoso quanto temido. Cabrera empezó su carrera militar al frente de quince hombres, y al cabo de una sostenida lucha durante cinco años, llegó á verse virey de tres reinos. La confianza que tenia de sí mismo se habia aumentado con sus victorias. Tenia demasiada conviccion de que le estaba consagrada una página en la historia de su país, para resolverse á lacerarla. Cuando la traicion y el veneno le impidieron continuar la grande obra que habia comenzado, conociendo que no podia ya vencer para su rey, prefirió retirarse de la escena, en vez de descender á la clase de partidario.

Al lado de Cabrera estaba el brigadier Forcadell, que despues fué promovido al grado de mariscal de campo y comandante general del reino de Valencia. Era hombre de cincuenta años, grueso y bajo, de una fisonomía agradable y franca. Su dorman celeste, pantalon encarnado y boina verde se hermanaban perfectamente con el caballo castaño de raza andaluza que montaba, que ha sido uno de los mas hermosos que he visto en España.

Cabrera usaba una boina blanca con galon de oro: levita de paño verde muy corta guarnecida de botones y trenzas, pantalon encarnado con galon de plata. Llevaba zapatos de becerro sin lustré ni espuelas. El cuello de la camisa doblado, y la falta de corbatin le permitia el libre uso de sus movimientos. En vez de llevar el sable pendiente de la cintura lo tenia colgado del arzón de la silla: esta iba cubierta de piel de lobo que ocultaba dos pistoleras. Terminado el combate, Villareal le regaló una de sus pistolas procedentes de nuestras fábricas de Eybar, y desde entonces llevaba tres. Se hallaba herido, y aunque no de consideracion, padecia bastante porque no podia sentarse; por manera que iba sobre el caballo hecho un arco. Para procurarle algun alivio durante las marchas, formaron con mantas un asiento sobre un mulo, y en él le colocaron.

Logramos apoderarnos felizmente de dos lanchones que podian contener 150 hombres cada uno: embarcarouse los restos de la columna y los caballos.

según á nado. Cuatro horas despues del paso del río se presentó el baron de Meer con su division, y tuvo que contentarse con dirigirnos algunas granadas desde la opuesta orilla. El paso del Ebro era un acontecimiento tan importante á nuestros ojos, que el rey creyó deber participarlo á las córtes estrangeras interesadas en el buen éxito de su empresa. Redactáronse los partes en Jesta y se dirigieron por tres hombres de confianza á otros tantos grandes de España que habitaban en Solsona. El conde de Orgaz partió para las córtes de Italia, el marques de Monasterio fué á la Haya, Viena y Berlín, y el marques de Villafranca se dirigió á San Petersburgo. La idea de estas misiones se formó en una conversacion que se tuvo el 17 de junio en la antecámara del rey. Dos de los personajes que tomaron parte en ella, recordarán el hecho y sus consecuencias. Razones especiales me impiden por ahora ser mas esplicito. En aquella circunstancia se distinguió, por decirlo así, un hombre que empezaba á representar algun papel en la corte. Ha pesado mucho en la balanza de la causa de D. Carlos para que pase en silencio su primer hecho político. Quien haya seguido la marcha de los negocios en España durante los últimos años habrá ya adivinado que trato del famoso Arias Tejeiro, cuya momentánea influencia y efímera importancia es una de las pruebas mas tristes y patentes del estado de gangrena y ruina moral de la causa del rey. D. José de Arias Tejeiro, debe el ser á un caballero de Galicia: adolescente aun, se dirigió á Madrid á probar fortuna, como acostumbra casi todos los jóvenes de su provincia. Fernando VII se hallaba en los últimos años de su reinado, y el partido liberal empezaba á ganar posicion. Arias se distinguió muy pronto en los clubs y en los cafés por sus violentas diatribas contra el clero y la monarquía. Seméjante conducta era mas que suficiente para verse precisado á abandonar la corte. Volvió á su provincia y consiguió un empleo en Santiago. A pesar de su incansable celo que le merecía el afecto de sus superiores, por la exageracion de sus ideas, perdió el destino que desempeñaba. Vuelto á Madrid con objeto de proporcionarse ocupacion, fué desatendido y esto le obligó á unirse con D. Carlos luego que apareció en las provincias Vascongadas. Su tio era ayuda de cámara del rey, y se encargó de presentarlo á S. M. Por último el obispo de Leon le dió un empleo y se captó su voluntad con su constante aplicacion. El prelado no podia sin embargo, dominar el carácter del joven, cuya influencia le fascinaba, y queriendo deshacerse de aquella fascinacion, aprovechó la primera coyuntura para alejarlo de su lado. Cuando el rey dió la orden de emprender la campaña, no permitiéndole su edad seguirle, rogó á S. M. que admitiera á Arias en su lugar, agregándolo al ministerio de Gracia y Justicia. Desde entonces sitió á D. Carlos ayudado por su tio, hasta conseguir su favor y la libre entrada en su cuarto: por último, cuando Sierra cayó malo en Solsona, heredó su empleo con grande admiracion de todos. El nombramiento no podia ser mas inoportuno porque desconcertando los proyectos de un partido poderoso que trataba de elevar á Carpas al ministerio, alimentaba funestas divisiones.

Salimos de Jesta el 2 de julio, y pisamos por último el pais encantador, cuyo recuerdo no se borrará nunca de la mente de los que la han visto una vez. Despues de tantas fatigas y privaciones los románticos jardines de España, se nos presentaban como un nuevo El Dorado. Al recorrerlos comprendí por qué se habian disputado su posesion durante tantos siglos. Atravesamos floridos verjeles, esmaltadas praderas, doradas mieses y bosques de naranjos,

olivos, y frutales de todas clases. En toda la estension que abrazaba la vista, no se percibía una pulgada de terreno que dejase de ofrecer una rica y vigorosa vegetacion. Acequias para el riego atravesaban las campiñas en todas direcciones. Descollaban en el verde prado elegantes poblaciones, distinguiéndose unas por sus elevadas torres y otras por sus anchas azoteas, en medio de bosquecillos de almendros. Pisábamos la patria de los romanceros españoles y de la poesía árabe. Todas las colinas, todos los edificios arruinosos nos recordaban un nombre ilustre ó una hazaña. ¡Qué contraste con los desiertos de Aragón y las tristes sierras de Cataluña! Nuestra marcha era una alegre romería. Cabrera nos acompañaba. El 7.º á puestas del sol, entramos en Villareal de las Infantas, una de las ciudades mas elegantes y animadas de la deliciosa huerta de Valencia. Fuimos recibidos con la mas cordial hospitalidad: los mercados estaban llenos de comestibles y de sus conductores. Los cosecheros hicieron un buen negocio, pues las tropas habian recibido quince dias de paga. Se restableció la disciplina, algun tanto relajada por las privaciones, y la columna adquirió una fisonomia totalmente distinta. Aun cuando nos habiamos separado del camino real de Almenara, no perdimos de vista el mar, donde un número considerable de buques de guerra y de transporte con aparente rumbo hacia Valencia, nos hacian concebir una grande mudanza de tropas. Algunas horas despues estábamos bajo las murallas de Murviedro, la antigua Sagunto, que desde la cima de la roca en que está colocada se asemeja al señor de todo el pais. Atravesamos el canal, y pisamos la verdadera Huerta de Valencia, recinto encantador que circumbala á la ciudad en un radio de muchas leguas, dibujando un cuadro cuya descripcion es imposible. Por la noche establecimos nuestros vivaqués frente á Valencia: desde el terrado de la casa ocupada por el infante, se disfrutaba sin obstáculo de la magnífica vista de la residencia, cuyas sesenta torres y cúpulas, dibujándose entre un bosque de flexibles palmeras le daban el aspecto de una ciudad Oriental. El horizonte se limitaba en la estensa llanura del mar, y la escuadra inglesa, que parecia arreglar á la nuestra su marcha, entraba en el puerto en el mismo instante que acampábamos bajo las murallas de la ciudad.

Al dia siguiente, intentó Cabrera un ataque contra Valencia que se malogró. Borso entraba por una puerta de la ciudad, mientras la otra se cerraba á nuestros soldados. Los enemigos no hubieran podido efectuar su desembarco, destacando algunos batallones para ocupar el puerto y cortar las comunicaciones entre el mar y la ciudad. Valencia estaba defendida por una corta guarnicion; los artilleros habian clavado parte de las piezas de las murallas, por lo que habian sido castigados con severidad, y temblábamos no sufrieran igual suerte los demas. No puede concebirse como los carlistas no han hecho los mayores esfuerzos para apoderarse de aquella importante plaza, donde hubieran encontrado artillería y provisiones y cuya posesion hubiera producido en las provincias meridionales una impresion y resultados incalculables. Manteníamos relaciones de inteligencia con los habitantes y estábamos al corriente de cuanto acontecia en la ciudad. Pero transcurrían las horas y nuestros negocios no adelantaban nada, y cada minuto de retraso creaba un nuevo impedimento para realizar nuestros proyectos. Nos encontrábamos entre la division de Borso que habia penetrado en la ciudad, y el ejército del norte bajo las órdenes de Oráa y Noguerras que habia llegado á Murviedro. Recibimos la noticia á las tres de la mañana y á pesar de reiteradas instancias de Cabrera, no emprendimos nuestra marcha hacia Madrid, sino seis horas des-

pues. El 15 tuvimos á la vista al enemigo: debíamos venir á las manos, y sin embargo no se tomaron medidas algunas para resistirle. Los soldados se ocupaban en limpiar sus fusiles cuando se tocó generala por las calles de Chiva. El rey, acompañado por su guardia se retiró á una altura detrás de la ciudad: el centro del ejército se estendia por el camino real, ocupando la entrada del puente, apoyándose las alas en los extremos. Empezó la accion á las nueve. Los cristinos se encarnizaron contra el ala derecha mandada por Cabrera. Faltáronle las municiones á Moreno y mandó tocar retirada que se efectuó en buen orden. La caballería enemiga no consiguió desconcertarnos apesar de sus continuadas cargas. Abandonamos la Calzada para internarnos en las montañas. Nuestra pérdida no fué considerable; pero la necesidad de abandonar aquella deliciosa morada para correr de nuevo á sepultarnos en áridas y agrestes soledades, produjo un efecto pernicioso en las afecciones morales del soldado. No teníamos medios algunos para adquirirnos víveres, antes de llegar á la ciudadela de Cabrera llamada Cantavieja. La marcha fué penosísima para la legion estrangera: toda ella pereció. Se componia casi en su totalidad de alemanes y franceses pero los oficiales pertenecieron á estos últimos. Muchos habian recibido sus despachos de la duquesa de Berry durante su última aparicion en la Vendée. Haré particular mencion de Taudier y Granier, de los tenientes Hubert, Reigniez, y del comandante Sabatier, militares distinguidos y respetables bajo todos conceptos.

En Cantavieja se dieron zapatos á los soldados y se reparó su equipo procurando abastecernos con cuantas provisiones pudimos arramblar. La plaza por su posicion, en el centro de las montañas, es inaccesible á la artillería. Luego que nos hallamos otra vez en estado de tomar la ofensiva, volvimos á ver el hermoso cielo y las fértiles campiñas que habiamos abandonado con tanto sentimiento. Recuerdo aun, la conversacion que tuve con Cabrera en un pueblo donde nos detuvimos dos dias. Deploraba la seguridad del rey en la eleccion de las personas que le rodeaban, y las intrigas que traian revuelto el campo.—No ignoro, me dijo, que me acusan de ser poco compasivo: es verdad que no soy ningun santo, pero hago milagros.

La proximidad del enemigo y su decidido empeño en seguirnos, hacia inevitable un encuentro. Entre Oliete y Muniesa se estienden una espaciosa llanura que atravesamos el 21. Por consecuencia de una entrevista con el infante, Cabrera se retiró dirigiéndose á Chelva. El 22 adelantamos hasta el Villar de los Navarros. Tres columnas enemigas ocupaban los puntos principales: la de Espartero en Calatayud, la de Oráa que nos traia acosados desde Daroca, y la de Buerens en el camino de Cariñena. Nos informamos, que un movimiento combinado por las tres columnas iba á verificarse envolviéndonos por todas partes. Teníamos, pues necesidad de atacar á Buerens que era el mas próximo, para impedir su union con Oráa.

El dia empezaba á amanecer (24 de agosto), cuando montamos á caballo. El sol brillaba con todo su esplendor para alumbrar el hecho de armas mas brillante de D. Carlos despues de la muerte de Zumalacárregui. A las diez se hallaban escalonados nuestros batallones, en direccion á Herrera, sobre las alturas que rodeaban al Villar de los navarros. Bajo nuestros pies se estendia hasta Herrera un angosto valle, especie de garganta *la Cañada de la Cruz*, á cuyo extremo se elevaban mamelones iguales á los que ocupábamos. Componíase nuestro centro y ala derecha de navarros, granaderos y dos batallones aragoneses: los tiradores eran tambien navarros. Nuestro centro, protegido

por un escuadron tenia cuatro piezas que habíamos sacado de Cantavieja, y que componian toda nuestra artillería. El ala izquierda estaba formada por alaveses: los castellanos ocupaban la segunda línea. A las 12 teníamos el enemigo á la vista y una hora despues formado en órden de batalla. Sus fuerzas ascendian á 6000 infantes, 800 caballos y 6 piezas de artillería. Parecia que tanto en uno como en otro lado se temia dar la señal del ataque. Hasta las tres no empezó la batalla. El valor del conde de Madeyra y la presencia de ánimo de Villareal inclinaron la balanza en nuestro favor. Hicimos 5,000 prisioneros, contándose entre ellos 300 oficiales y el general Solano, gefe del estado mayor. Buerens escapó con 20 caballos. Entre los oficiales de mérito que no gozaron de triunfo deben contarse á los brigadieres Quilez y Manolin, muertos por una carga de caballería.

Esta victoria hizo adquirir á nuestras armas el brillo que habian tenido en otro tiempo. Por segunda vez, al cabo de seis meses, desbaratábamos los planes de Cristina: una de sus columnas habia sido destruida en el corazon de la monarquía, y este desastre paralizó los movimientos de las otras dos. En Madrid reinaba la mayor consternacion. Los carlistas volvian á aparecer mas fuertes que nunca, como sucedió despues de la accion de Oriamendi, precisamente en el momento que se les tenia perdidos. Habiendo adelantado con vigor las operaciones durante ocho dias, D. Carlos se posesionaba de España.

Los que habian abrazado de buena fé la causa del rey, y no se alimentaban de ilusiones, deploraban en el fondo de su corazon, la semana consumida inútilmente en Herrera. Cuando se resolvió por último emprender de nuevo la marcha, habíase apagado el entusiasmo, y el silencio habia reemplazado al estrepitoso rumor que se estendia desde los Pirineos á Gibraltar, como despues de la gloriosa jornada de Oriamendi. El enemigo tenia una columna menos, nosotros habíamos hecho algunos prisioneros mas: el ejército expedicionario se habia debilitado; estas fueron todas nuestras ganancias.

Han pasado cuatro años desde aquella memorable época: el sangriento drama ha terminado, hemos perdido todas nuestras esperanzas, y solo recordamos como un hecho histórico aquel interesante episodio. Un destino ciego y fatal ha inutilizado tan obstinada y fuerte lucha, tantos esfuerzos generosos. El anciano Moreno ha sido asesinado á los setenta y dos años. No pretendo juzgar las causas de los vivos sobre el sepulcro de los muertos, pero aun cuando sus consejos hayan encontrado con frecuencia una fuerte oposicion, creo que en aquella circunstancia hubieran podido remediar todo el daño. Si D. Carlos no ciñe en el dia la corona de España, lo debe á los consejeros que le ataron las manos.

Segun la direccion que tomamos, por el curso del Huerba, era evidente que no buscamos las otras dos columnas para atacarlas y destruirlas, sino que íbamos á penetrar en Castilla. Designáronme para alojarme en Calamocha un palacio de bastante buena apariencia, pero enteramente desierto. Estaba descansando, cuando me despertó mi asistente anunciándome que queria verme un extranjero que no hablaba en cristiano. Era un antiguo conocido de Silesia, ex-oficial de artillería al servicio de Prusia. Habia logrado juntarse con nosotros, despues de haber corrido aventuras originales al atravesar por entre las divisiones enemigas. El mismo dia le presenté al rey y al infante: distinguióse en muchas ocasiones y tendré lugar de ocuparme de él mas adelante.

Espartero nos seguia de cerca. Mas de una vez sus tiradores cambiaron

algunos fusilazos con nuestros puestos avanzados. Nuestros vivaques se situaban á veces á distancia de un cuarto de legua. Siempre que atravesábamos por llanuras nos acosaba, y solo nos concedía respiro cuando nos internábamos en las gargantas y desfiladeros donde no se atrevía á comprometerse. El 5 de setiembre entramos en Castilla. Apresurárouse todos á felicitar al rey por haber atravesado la frontera de la mas importante de sus provincias. El pais estaba rico, no habiendo sufrido por la guerra: nos era facil adquirir todo lo necesario. Nos arrojamos á él el 7 llegando hasta Campillo de Altobuey, terreno bien cultivado. Al pisar el territorio de la Mancha, mi imaginacion evocó al *Ingenioso Hidalgo*, héroe favorito del pueblo, cuya viva tradicion conserva. No hay que burlarse de ella, no: cierto dia que me permití algunas bromas con respecto al caballero andante, la buena de mi patrona me reconvino y hasta me amenazó. La buena cama, el carácter de todos los manchegos, la abundancia de víveres y sobre todo la idea de que nos aproximábamos á Madrid, era mas que suficiente para tenernos de buen humor. Encontramos periódicos en Campillo: no necesito espresar el ansia con que los devorábamos. Nos informaron de la marcha de Zariátegui hasta Guadarrama, cuya noticia producía viva sensacion en Madrid, y de la muerte de Sarsfiel, asesinado en Pamplona por sus propios soldados. Nuestro partido no se habia manchado todavía con escesos semejantes.

En Buenache de Alarcon, camino de Valencia á Madrid nos encontramos con Cabrera, quien, desde nuestra separacion en Muniesa, habia reunido todas las fuerzas en Chiva y se dirigia sobre Madrid por el camino real. Este plan habia sido trazado de acuerdo con el Infante y el cura Merino. Tan firme é inmutable era la resolucion del jóven general, en todo aquello que creia justo y arreglado al deber, cuanto dócil y ciego al menor deseo manifestado por D. Carlos, donde quiera que se encontrara. Habia ofrecido venir y cumplió su palabra. Al entrar en Buenache las avanzadas de Cabrera estaban en Tarancón á doce leguas de Madrid, y por todo el camino hasta la capital, se hallaban escalonados bajo sus órdenes los generales Forcadell, Llangostera, Lalada, y Ladora, con doce batallones y ochocientos caballos. Habia dejado en el reino de Valencia y en el bajo-Aragon, las fuerzas necesarias para defender las posiciones. Por manera que D. Carlos se acercaba á Madrid, á la cabeza de unos diez y seis mil infantes cuando menos y dos mil caballos.

Cuanto mas nos aproximábamos á la capital tanto mayor era la afluencia de gente que se acercaba para ver al rey. Entre los unánimes gritos de *viva el Rey y libertador!* se percibia el de *paz!* Todos creian terminada la guerra civil y las calamidades que trae consigo. En todas las ciudades y pueblos donde entrábamos salia el clero á recibir á S. M. de ceremonia con la Cruz y el estandarte. Apresurábanse las poblaciones con sus ayuntamientos á la cabeza á deponer á los pies del caballo del monarca, las llaves de las ciudades y las patentes de sus privilegios. Desde los balcones y ventanas, hermosas y agraciadas mugeres arrojaban flores y coronas de laureles á nuestros soldados. Todas las casas estaban adornadas con colgaduras y de los árboles colgaban floridas guirnaldas. Las calles y los tejados parecian de movimiento, tal era la multitud de espectadores que se agrupaba gritando viva para ver desfilar nuestros batallones. Barriles y pellejos de vino se ofrecian á discrecion al soldado, como tambien toda clase de comestible y sabrosas frutas. En las paradas, las mugeres y muchachos introducian el desórden en las filas, presentán-

dose con abundantes provisiones. Ninguno temia la posibilidad de una desastrosa retirada. Contábanse los dias y las horas que nos faltaban aun para llegar á Madrid, y nos costaba trabajo impedir que nos siguieran las poblaciones enteras. Todo nos prometia un completo éxito. Los periódicos anunciaban la toma de las ciudadelas de Lerin y de Peñacerrada en Navarra. Zariátegui y Elío estaban en el Escorial, tocando sus avanzadas al Guadarrama. D. Vicente Rugiero, conocido por Palillos, diestro partidario, á la cabeza de 800. caballos estaba situado junto á Ciudad-Real en el camino de Andalucía, interceptando las comunicaciones de la capital con aquellas provincias. En cuanto á Espartero, se hallaba en Cuenca, á considerable distancia de nosotros.

(La conclusion en el próximo número.)

Bibliografía.

DOS MUGERES. Novela por la SRA. AVELLANEDA.

Con el título de *Dos Mujeres* acaba de publicar la señorita de Avellaneda una novela, que sin duda merecerá del público la envidiable acogida que han merecido *Sab* y la bellísima colección de sus poesías. Afortunadamente para la jóven autora nada ha influido en semejante juicio la galantería proverbial de España y decimos afortunadamente, porque cualquiera que sea la lisonja de tan delicado homenaje harto mejor es verse amparada con el manto de la justicia, que no cubierta con el escudo y estudiadas formas de la educación esmerada y culta. Difícil empresa es la que en este libro ha acometido, pues dificultad y no poca ofrecen los estudios de costumbres en una época que tan movibles y estrañas formas les dá, y en que amen de lo poco fijo y determinado de su carácter hay dudas muy fundadas de que exhale aroma alguno de poesía de aquellos que cautivan el alma y la llenan de fé, confianza y sosiego, pero el ensayo de nuestra poetisa (porque de tal lo califica su modestia) dá esperanzas de frutos mas colmados y mejores en este género. Si no hay gran atrevimiento en el dibujo, sóbrale correccion y gracia natural; si en el plan no hay complicaciones estraordinarias, su misma sencillez y buena distribución lo recomiendan; y finalmente, á falta de grandes pasiones y rasgos profundos de sentimiento, se encuentra compensacion y muy cumplida en el candor, suavidad y ternura de los afectos, en el cabal conocimiento del corazón y en la fluidez, ternura y transparencia del estilo que corre modesto y casi silencioso como la fuente de un valle, pero como ella vestido de flores y frescura. No son defectos los que acabamos de enunciar, no, ni cabe en el credo de nuestra crítica pedir cuenta al autor de los medios que emplea, cuando el plan se acomoda á la índole de los sucesos, los afectos al carácter de los personajes y el estilo á la naturaleza del asunto. La belleza está en la armonía, no en la armonía rigurosa y exclusiva de las formas exteriores, que sustituye el dibujo lineal al natural, sino en la armonía interna del sentimiento con la cual vibran unísonas las cuerdas del alma. Esta feliz circunstancia resalta visiblemente en las *Dos Mujeres*, cuyas páginas están llenas de un no sé.

que contagioso, que insensiblemente preocupa el ánimo y conquista el corazón.

La autora nos declara en el prólogo, que no abriga pretensiones de ningún género respecto á la obra, y que por mero pasatiempo la ha compuesto. Mucho le agradecerá el público, sin embargo, que pase sus horas en semejantes tareas, y muy obligada dejará con ello á la literatura española, escasa en verdad en esta clase de joyas. De este pasatiempo resulta una alta lección de moral, triste en el fondo como todos los frutos de la experiencia, pero útil en sumo grado. Las almas ingenuas y puras son demasíadamente vulnerables en las mundanales refriegas, y de estimar es cualquiera escudo y resguardo con que el talento las ampare. Sobre todo debe tenerse á gran dicha que una mano tan hábil como la de la señorita de Avellaneda sirva de guía en su enredado laberinto.



LOS DOS ARQUEROS.

(Traducción de Víctor Hugo.)

Por el S. D. Antonio Montis.

Era el fúnebre instante, en que se teme
De entre las sombras de la noche umbría,
Beodo de algun sábado en la orgía

Un demonio evocar.

Era el momento en que sus oraciones
Apénas coordinando el viagero,
Atraviesa veloz roto sendero;
Hora de quedo hablar.

Dos arqueros pasaban por el valle;
Allá, do veis aquella torre aislada,
Que al ir los nuestros reyes en cruzada
A una muerte fatal;
En tres noches, según nuestros abuelos,
La estuvo un santo monje construyendo,
Quien las piedras moviera solo haciendo
De la cruz la señal.

Los dos sin miedo al sitio ni á la hora,
Su bocina en el suelo abandonaron;
Y encendida una hoguera, se sentaron.

Para su colacion,
Sobre un santo de piedra, tosca imágen,
Que en su frente que el polvo sepultaba
Y en sus manos unidas, aun mostraba
Hallarse en oracion.

La llama en tanto en bosques y montañas
Proyectaba fantásticos fulgores,
Y los buhos de ruinas moradores
Temblaban en su aduar.
El murciélago de alas puntiagudas,
Sucio animal que el sábado reclama,
Turbaba por intervalos la llama
Con torpe aletear.

De los arqueros el mas viejo entonces
—No llevas el silicio?— dijo al mozo:
—Pues qué! tú ayunas?— replicó el sin bozo,
Y riéronse al par.

De repente otras risas resonaron
Á lo léjos. El valle estaba hueco,
Y ámbos á dos dijeron: «Es el eco
Que rie en el pinar.»

Pero luego observaron luz rastrera
En surcos por la altura esparrámarse.
Los dos blasfemos ¡ay! sin espantarse,
Echaron al revés
Otras ramas aun en su fogata,
Nuevos troncos de vieja y seca encina
Diciendo: «de la hoguera en la vecina
Cascada, el reflejo es.»

Y era el eco (temblad todos de espanto)
Satanas que reia en la colina:
La luz amarillenta y mortecina,
Era de Lucifer
Reflejo que emanaba de su cuerpo;
Centella sulfurosa, que su dueño
Nos suele en las tinieblas de algun sueño
Del infierno traer.

De sus profanas risas al bullicio
Acudiera, cual lobo hácia su presa;
Y á los arqueros, en la sombra espesa,
Contemplando feroz;
—Blasfemad y reid en vuestros ocios;
Yo haré que en vuestras bocas convulsivas
Se truequen esas risas espansivas
En rechinar atroz.

Al alba, en una poca de ceniza
De un ancho y corvo pié se halló la marca.
Desierta y silenciosa la comarca

Todo el dia quedó.

Pero un pastor, á media noche en punto,
Vió brillar en el sitio de aquel suelo
Dó fué hogar, azul fuego, que hácia el cielo
Su llama no estendió.

Desde á tierra prendió rastreando lívida,
Horrendas carcajadas resonaron
De pronto en el espacio, que llenaron
De pavor al zagal.

No es que viera á Luzbel ni á su comparsa;
Ni ménos concebir pudo en su espanto
Cuanto dolor costaba y cuanto llanto
Esa risa infernal.

De entónces, á los bosques y montañas
El hogar dió fantásticos fulgores,
Haciendo de las risas los clamores
Á los buhos temblar.

El murciélago de alas puntiagudas,
Sucio animal que el sábado reclama,
Turbaba por intervalos la llama
Con torpe aletear.

Esa luz infernal, nada, hijos míos,
Conseguia apagar sinó la aurora.
Si el huracan su voz atronadora
Hacia fuerte oír,
Las carcajadas fuertes resonaban
Como el trueno, y el fuego culebreando.
Del polvo se elevaba, cual ansiando
Su llama al rayo unir.

Mas una noche al fin, del viejo monge
Vestido con su santo escapulario,
Levantándose el mármol solitario.

Tres pasos avanzó:
El terrible exorcista, con su ramo
Del encanto fatal rompió los lazos;
Y dijo: «Dios me asista!» y los sus brazos.
De granito estendió.

Todo cesó ya entónces, todo; y muertos
En la estátua sentados los arqueros,
A los rayos del nuevo sol primeros,

Se encontraron despues.
Dióseles sepultura, y quiso el dueño
De aquel sitio fundar allí devoto
Una misa, legando para el voto
Maravedises tres.

Si esta historia moral alguna encierra,
No juzgarla, creerla sí, debemos.
Creer dije...! Esos tiempos los tenemos
Léjos, muy léjos ya!
En esta edad tan ciega que alcanzamos
A medias solo existe la creencia,
Nadie quizá, orgulloso con la ciencia,
Su frente inclinará.

UNA VISION DE CARLOS XI DE SUECIA.

Nos burlamos de las apariciones sobrenaturales: algunas, sin embargo, han sido tan bien justificadas por los sucesos, que rehusando darlas crédito es necesario negar todas las pruebas históricas.

Un espediente autorizado con las firmas de cuatro testigos dignos de fé, garantizan la autenticidad del hecho que vamos á referir. Debemos añadir que la prediccion contenida en el espediente, era conocida y se citaba hacia mucho tiempo antes de que los acontecimientos de nuestra época hubieran podido cumplirla.

Cárlos XI, padre del célebre Cárlos XII, fué uno de los monarcas mas despóticos, pero al mismo tiempo mas sábio de cuantos ha tenido la Suecia. Puso coto á los monstruosos privilegios de la nobleza, abolió el poder del senado é hizo leyes por su sola voluntad, en una palabra, cambió la constitucion del pais, que antes de su advenimiento era una oligarquía, y obligó á los Estados á que le discernieran el poder absoluto. Era hombre de luces, valiente y afecto á la religion luterana, pero de un carácter inflexible, positivo, frio y desprovisto de imaginacion.

Su muger Úlrica-Eleonor acababa de morir. A pesar de que se le achacaba que su despego era causa de la prematura muerte de su esposa manifestó mucho mas sentimiento que era de esperar con un corazon como el suyo. Desde esta catástrofe se mostró mas taciturno que anteriormente, y se dedicó al trabajo con una aplicacion tal, que demostraba la necesidad imperiosa que tenia de distraerse.

A la caída de una tarde de otoño se hallaba en bata y chinelas sentado delante de una gran chimenea en su gabinete del palacio de Stockholmo. A su lado estaba su gentil-hombre conde de Brahé á quien honraba con su afecto, y el médico Baumgarten, hombre que se tenia por un sábio, y que sea dicho de paso, queria que se dudase de todo escepto de la medi-

ciña. Háblele llamado el rey para consultarle acerca de una ligera indisposición.

Prolongábase la velada y el monarca contra su costumbre, no lo hacia conocer dándoles las buenas noches, para advertirles de que era tiempo de que se retirasen. Con la cabeza inclinada y la vista fija en los tizones guardaba un profundo silencio, fastidiado de la compañía, pero temiendo al mismo tiempo sin saber por qué, quedarse solo. El conde de Brahé conocia que no era muy agradable su presencia, y por lo tanto habia manifestado que S. M. tendria necesidad de descansar: pero un gesto del rey le retuvo en su asiento. El médico á su vez observó que las vigias perjudican á la salud: el rey contestó entre dientes: «Esperad: no tengo sueño todavía.»

Entonces se entablaron varias conversaciones que se extinguian á la segunda ó tercera frase. Era evidente que S. M. estaba de mal humor, y en semejante circunstancia la posicion de un cortesano es muy delicada. El conde, sospechando que la tristeza del rey provenia de los recuerdos de la pérdida de su esposa, miró por algun tiempo el retrato de la difunta colgado en el gabinete, y exclamó en seguida suspirando:—«Como me parece ese retrato!.... Tiene aquella espresion magestuosa y dulce á la vez...»

—¡Bah! respondió bruscamente el rey, que creia le era dirigida una reconvenccion, siempre que pronunciaban en su presencia el nombre de la reina: «En ese retrato le han hecho demasiado favor: la reina era fea.» Y como incomodado consigo propio por su dureza, se levantó, dió una vuelta por la estancia á fin de ocultar una emocion que le ruborizaba, y se detuvo ante una ventana que daba al patio: la noche estaba obscura y sin luna.

El palacio en que residen en la actualidad los reyes de Suecia no estaba acabado entonces, y Carlos XI que lo principió, habitaba en el antiguo situado en la punta del Bitterhohn que mira al lago Mæler. Es un inmenso edificio en forma de herradura. El gabinete del rey caia en una esquina casi enfrente del salon donde se reunian los Estados cuando debian oir algunos mensajes de la corona.

Las ventanas de aquella sala parecia que en aquel momento se hallaban iluminadas por una viva claridad, lo que no pudo menos de llamar la atencion del rey. Supuso desde luego que la luz seria efecto de alguna bujía llevada por un criado; pero ¿qué iban á hacer en aquella sala que no se habia abierto en tanto tiempo? la luz ademas despedia demasiada claridad para provenir de una sola bujía. Un incendio no era probable, porque ni salia humo, ni estaban rotos los cristales ni se oia ruido alguno, tenia mas bien apariencia de una iluminacion.

Carlos miró por algun tiempo á las ventanas sin hablar pero el Conde de Brahé estendió la mano hácia el cordon de la campanilla para llamar á un page que fuera á informarse de la causa que producía aquella claridad: el rey le detuvo: «Quiera ir yo mismo.» Dichas estas palabras se puso pálido; marcándose en la fisonomía el aspecto de un terror religioso. Salió con paso firme sin embargo: el gentil-hombre y el médico le siguieron llevando una palmaria encendida.

El conserge que tenia las llaves se habia acostado. Baumgartem fué á despertarle, mandándole de parte del rey abrir inmediatamente, el salon de los Estados. Fué estremada su sorpresa, y se levantó al punto, cogió un manojito de llaves y se unió al rey. Abrió la puerta de una galería que servia de antecámara ó sala de descanso al salon. El rey entró; pero cual no fué su admiracion viéndole las paredes cubiertas de paños negros!

— ¿Quién ha dado la orden de entapizar así esta sala? preguntó encolerizado. — Nadie, señor, contestó temblando el conserje... al menos, yo no lo sé: y la última vez que estuve en ella para barrerla, estaba cubierta de madera de encina como siempre... estas colgaduras, no proceden del guarda-ropa de V. M. — El rey se adelantó con rapidez llegando á atravesar las dos terceras partes de la galería. El conde y el conserje le seguían de cerca: el médico Baumgarten se había quedado algo rezagado, participando del temor de quedarse solo ó esponerse á las consecuencias de una aventura que se anunciaba bajo tan extrañas formas.

— Señor, exclamó el conserje: no vaya V. M. mas adelante: aquí hay algun hechizo... en estas horas... desde el fallecimiento de la reina... dicen que vienen á pasearse á esta galería. ¡ Dios nos asista!

— Detenós exclamó á su vez el conde. ¿ No oye V. M. el extraño ruido que se percibe dentro de la sala de los Estados? ¿ Quién sabe los peligros á que se espone V. M.?

— Señor, añadió Baumgarten á quien una ráfaga de viento había apagado la luz, permítame V. M. que vaya á buscar veinte soldados de la guardia.

— Entremos, dijo el rey con voz entera deteniéndose á la puerta del salón: ¡ conserje! abre aprisa! dió una patada á la puerta y el eco repetido por el embovedado de la galería, resonó á lo lejos cual si fuera un cañonazo.

El conserje temblaba en términos que le fué imposible hacer entrar la llave en la cerradura. — ¡ Un soldado viejo tiembla! dijo Carlos encogiéndose de hombros: vamos, Conde, abre tú.

— Señor, contestó el Conde retrocediendo: si V. M. me ordena presentarme ante la boca de un cañon danés ó aleman, obedeceré sin titubear: pero no me es posible desafiar al infierno.

El rey arrancó la llave de manos del conserje: « Ya veo, dijo con tono de desprecio, que este asunto me concierne á mí solo. » y antes que su séquito pudiera impedirlo, abrió la puerta de encima del salon, diciendo: « Con la ayuda de Dios! » Sus tres acólitos, arrastrados por una curiosidad mas fuerte que el miedo y tal vez avergonzados de abandonar al rey, entraron con él.

El salon estaba iluminado por una infinidad de bugías. Un paño negro había reemplazado la antigua tapicería de paisajes. Las banderas alemanas, danesas y moscovitas, trofeos de Gustavo Adolfo, ocupaban los puestos que tenían anteriormente, pero en el centro se veían los estandartes sacros cubiertos de fúnebre crespon.

Ocupaban los bancos multitud de personas: las cuatro clases del estado sentadas por su orden y gerarquía estaban vestidas de negro, y aquel considerable número de cabezas humanas que se destacaban luminosas de un fondo sombrío deslumbraban de tal modo la vista, que los cuatro testigos de tan extraordinaria escena no pudieron distinguir ninguna fisonomía conocida: del mismo modo que un autor frente á un numeroso público, solo vé una masa confusa sin que sus ojos puedan distinguir á un individuo en particular.

Sobre el trono en que el rey tenia por costumbre dirigir la palabra á las Asambleas, vieron á un sangriento cadáver revestido con las insignias de la dignidad real: á su derecha estaba un niño de pié con la corona en la cabeza y el cetro en la mano: á su izquierda un anciano ó mas bien un fantasma, apoyado sobre el sillón del trono: vestia el traje de ceremonia que llevaban los antiguos administradores de la Suecia antes que Wasa la erigiera en reino.

En frente del trono, muchos personajes, de aspecto grave y austero, revestidos con largas túnicas negras y que parecían jueces, estaban sentados al rededor de una mesa cargada de infolios y pergaminos. Entre el trono y la mesa, en medio del salon, habia un tajo cubierto de bayeta negra y una hacha apoyada en él.

Ninguno de los individuos de aquella reunion sobrenatural hacia caso de la presencia del rey ni de la de sus compañeros. A su entrada, oyeron un confuso murmullo; pero sin poder distinguir las palabras: en seguida, el mas anciano de los jueces vestidos de negro y que parecia ejercer las funciones de Presidente, dió tres palmadas sobre el libro abierto que tenia delante. Reinó un profundo silencio. Algunos jóvenes de agradable aspecto, lujosamente vestidos y con las manos atadas á la espalda, entraron por una puerta opuesta á la que habia abierto Carlos XI: andaban con la cabeza erguida y firme continente. Venia detrás un hombre vigoroso, cuyo traje consistia en una ropilla ajustada de cuero, llevando cogido por el extremo la cuerda que servia de ligadura á los jóvenes. El primero de estos, que parecia ser tambien el de mas consideracion, se detuvo en medio de la sala mirando al tajo con orgulloso desden. En el mismo instante se agitó el cadáver con un movimiento convulsivo y saltó de su herida un chorro de sangre fria y encendida: el joven se arrodilló, apoyó la cabeza sobre el tajo, brilló el hacha en el aire y cayó sin causar ruido. — Un rio de sangre corrió impetuoso hácia el trono, mezclándose con la del cadáver; y la cabeza, saltando repetidas veces sobre el enrojecido mármol, rodó hasta los pies de Carlos, salpicando sus chinelas.

Hasta entonces, la sorpresa le habia impedido hablar; pero aquel horroroso espectáculo desató su lengua: dió algunos pasos hácia el trono, y dirigiendo la palabra al espectro vestido con el traje de Administrador, pronunció sin miedo la siguiente conocida fórmula: «— Si eres Dios, habla: si eres el otro, déjanos en paz.»

La fantasma le respondió lentamente y con solemne acento: «REY CARLOS, esa sangre no se derramará en tu reinado».... (la voz no pudo distinguirse dichas estas palabras; pero continuó)... sino cinco años despues. Desdichada, desdichada, desdichada sangre de Wasa!

Las formas de los personajes de aquella sorprendente reunion empezaron á ser menos visibles; é iban asemejándose á pálidas y desleídas sombras: desaparecieron al fin completamente, las fantásticas luces se apagaron y las de Carlos y su séquito solo alumbraron los viejos tapices ligeramente movidos por el viento. Oyeron aun por algunos instantes un ruido bastante melodioso: uno de los testigos lo comparó al susurro de la brisa entre las hojas y otro al sonido que suelen hacer al saltar las cuerdas de un arpa al tiempo de templarlas: todos convinieron en que la aparicion habia durado diez minutos.

Las colgaduras negras, la cabeza cortada, los regueros de sangre que manchaban el suelo todo desapareció con las fantasmas: solo la zapatilla de Carlos conservó una mancha encarnada, que bastaba para recordarle las escenas de aquella noche sino se hubieran gravado tan fuertemente en su memoria.

Volvió el rey á su gabinete donde hizo estender una relacion de cuanto habia visto, la hizo firmar á sus compañeros y añadió á la de estos su propia firma. Apesar de las precauciones que se adoptaron para ocultar el contenido de aquel documento público, no tardó en traslucirse durante el reinado del mismo Carlos XI: existe aun, y hasta ahora nadie ha dudado de su autenticidad: el final es notable: «Y si lo que acabo de referir, dice el rey, no es la

«pura verdad, renuncio á toda esperanza de mejor vida que pudiera haber merecido por algunas buenas acciones, y especialmente por mi celo en trabajar para la felicidad de mi pueblo y para sostener los intereses de la religion de mis padres.»

Si recordamos la muerte de Gustavo III y el castigo de su asesino Ankarstroën, se hallarán muchos puntos de contacto entre estos sucesos y las circunstancias de la extraordinaria profecía.

El hombre decapitado en presencia de los Estados debia ser Ankarstroën: el cadáver coronado Gustavo III. El niño su hijo y sucesor Gustavo Adolfo IV, y por último el anciano, el Duque de Sordemanie, tío de Gustavo IV que fué Regente del reino, y finalmente rey despues de la deposicion de su sobrino en 1809.

¡EL AGUINALDO!

Setrilla por D. Manuel Breton de los Herreros.

Estoy frito, estoy en ascuas	Al aguador, santo y bueno,
con tanto «¡ felices pascuas!»	y al criado y al sereno;
¡ con tanta socaliña.	que estos al fin, bien ó mal,
Gente rapaz é indiscreta,	me sirven; mas ¿ que me pida
hasta ya de rebatiña,	para turrón ¡ pese á tal!
ó por vida de poeta	una vergonzante <i>Armida</i>
con una sátira os baldo.	de quien yo no soy <i>Reinaldo</i> ?
¡ Reniego del aguinaldo!	¡ Reniego del aguinaldo!
Pedigüeño que me dices:	<i>Repartidores</i> perversos,
«¡ felices pascuas, felices!»	¿ á qué me venis con <i>versos</i>
¿ Cómo quieres que las tenga	si yo los tengo de sobra?
si con targetas los unos,	Con mano airada y convulsa
los otros con una arenga,	si volveis á la maniobra
no me dejais ¡ importunos!	en cada <i>décima</i> insulsa
para una taza de caldo?	una maldicion respaldo.
¡ Basta, basta de aguinaldo!	¡ Basta, basta de aguinaldo!
Pedid al que emplea en fincas	El <i>Quevedo</i> , y el <i>Diario</i> ,
todo el oro de los Lucas	Y el <i>Arpa</i> y el <i>Semanario</i> ...
ganado ¡ Dios sabe cómo!	¡ Santo cielo, qué reata! —
Pedid al que era de un Duque,	El <i>Panorama Español</i> ...
no hace mucho, mayordomo,	Dilin, dilin... ¡ La <i>Posdata</i> ! —
y hoy puede fletar un buque	Otro? — La <i>Revista</i> ! ... El <i>Sol</i> ...
con el importe del saldo.	Mis sobrinos! ¡ El <i>Heraldo</i> ! ...
¡ Reniego del aguinaldo!	¡ Reniego del aguinaldo!
Andad con esa molienda	¡ No cesa la campanilla!
á algun ministro de hacienda,	Me fugaré de la villa
ó al insaciable asentista,	Si esto en Madrid se consiente.
ó al palaciego intrigante,	¡ Por Dios, por Dios, respetad
ó á un <i>vista</i> ... corto de <i>vista</i> ;	el misero remanente
pero ¿ á un poeta... y <i>cesante</i> !!!	de mi escasa propiedad,
¡ Por vida de san Romualdo! ...	ó me quejaré á <i>Basualdo</i> !
¡ Basta, basta de aguinaldo!	¡ No mas, no mas <i>aguinaldo</i> !